Un Drama en tres horas

Al Sr. Lic.
D. Joaquín D. Casasús.

I

ESCAPATORIA PELIGROSA

Por mera fórmula se había metido en la cama la hermosa Carmen Gámez, esposa del doctor Don Nicolás Salazar, pues ni había dormido un solo instante desde que había entrado en el lecho, ni aun siquiera lo había pretendido. Cada ocho días le pasaba lo mismo.

Todos los jueves entraba en grande agitación y sobresalto desde la hora de la cena. Quien la hubiese observado con atención, la habría hallado violenta, distraída, nerviosa, dándose apenas cuenta de lo que hacía y contestando maquinalmente á las preguntas que le eran dirigi-

das. Entraba en silencios prolongados, prêtextaba hallarse dominada por un sueño invencible ó por una jaqueca insoportable, y más temprano que de costumbre se dirigía á su alcoba, mataba la luz, y fingía haberse dormido. En realidad, como lo hemos dicho, no había nada de eso; pues no sólo no se echaba en brazos de Morfeo, sino que ni hacía siquiera el menor impulso para dormirse. Por menos que quisiese á su marido y á su tierna hija, que ocupaban los aposentos contiguos, pensaba porfiadamente en ellos durante aquellas horas de insomnio, inmovilidad y estudiada inercia. Latíanle las arterias como si tuviese fiebre y el corazón, vuelto loco, parecía querer romper la cárcel de su pecho. Prestaba oído atento al reloj que, desvelado como ella, continuaba haciendo "tic-tac" sobre la dorada repisa, é iba contando mentalmente las horas y los cuartos uno por uno, sin duda para orientarse respecto del tiempo.

La noche á que nos referimos, que fué para Carmen tan agitada como la de los otros jueves, pasó las primeras horas en la agitación acostumbrada, aunque sin dar muestras de hallarse despierta, como si temiese que alguien la atisbase y echase de ver su vigilia. No se movía, manteníase obstinadamente en una misma actitud, y cerraba los ojos con fuerza para que no se le abriesen contra su

CAPILLA ALFONSINA

voluntad. Sólo por su respiración anhelosa y agitada, hubiera podido sospecharse que su inmovilidad era fingida y no correspondía al reposo que aparentaba.

Por de contado eran inútiles tantas precauciones, sólo inspiradas por la zozobra de la conciencia, pues todos los habitantes de aquella casa se entregaban de veras al descanso, y despeñados en las profundidades del sueño, para nada se preocupaban por averiguar si Carmen dormía en efecto, ó si fingía dormir únicamente.

Sería la una de la madrugada cuando se sentó en el lecho, y sin encender la luz, tomó sus ropas, que había dejado al alcance de su mano, en orden y cuidadosamente dispuestas para hallarlas con facilidad; se vistió con la mayor cautela y sin hacer el más leve ruido, y luego, andando de puntillas, se dirigió á la puerta de la alcoba, que comunicaba con la galería. Desgraciadamente, por más precauciones que tomó, rechinaron ligeramente los goznes, y la pequeña Lolita, ya fuese porque estuviese despierta, ó porque hubiese despertado con aquel ruido, gritó con voz cariñosa:

—¡Mamá!

Alarmada Carmen, retrocedió con paso rápido y entró en el aposento de la niña, cuya alba camita estaba contigua á la de una robusta, descuidada y roncado-

ra ama; y dirigiéndose á aquella, le habló bajito con palabras cariñosas instándole para que se durmiese. La niña se abrazó á su cuello, la besó repetidas veces y le dijo:

—Mamá ¿te quedas conmigo?.

—Sí, hija mía, contestó la madre, aquí me quedaré. Duérmete, no tengas cuidado.

—No te vayas mamá; acompáñame.

La graciosa criatura, que parecía un querubín rubio y sonrosado, llena de confianza por la promesa que acababa de hacerle su mamá, entrecerró los ojos, y algunos instantes después se quedó blandamente dormida. Carmen, entretanto, había permanecido inclinada sobre el lecho, y en posición fatigosa, para permitir á la niña que la enlazase con los brazos. El sueño aflojó poco á poco aquellas tiernas ligaduras, y no tardó la madre en quedar libre y poder enderezarse. Aguardó, no obstante, algunos momentos para que se hiciese profundo el sueño de Lolita, y cuando se hubo persuadido de que reposaba ésta con toda tranquilidad, se levantó de nuevo y se dispuso á marcharse. Pero, decididamente, estaba de mala suerte aquella madrugada, porque, al pasar junto al lecho del ama, tropezó con él haciéndola despertar.

—Señora, articuló la mujer medio des-

pierta. ¿Está enferma la niña? ¿Qué anda Ud. haciendo por acá?

—Duérmete, repuso la interpelada. Es muy temprano: aun no me he acostado.

—No tenga usted cuidado, articuló la buena mujer. Está bien dormida: no ha llegado á despertar.

Y apenas hubo acabado de hablar, siguió roncando estruendosamente.

Al volver la joven á su alcoba, se detuvo otro poco. En el cuarto contiguo dormía Nicolás, su esposo, y, aunque había tenido ella buen cuidado de asegurar la puerta de comunicación, temía que le hubiesen despertado las voces del ama y de la niña. Se acercó de puntillas y aplicó el oído conteniendo el aliento. Pronto se persuadió de que seguía el doctor profundamente dormido, libre de todo cuidado.

Desvanecida la alarma, se dirigió resueltamente á la galería, cuya puerta había dejado entornada para no tener que abrirla de nuevo, y se aventuró á tientas por los andenes. Así pudo llegar á la escalera é ir bajando sus peldaños; lo que hizo con el mayor sigilo y sin levantar el rumor más leve. Para eso se asió firmemente del pasamano, y guiada por él, logró poner el pie en el suelo sin tropiezos ni caídas.

Una vez en el zaguán, llamó recatadamente á Bartolo golpeando con los nu-

dillos de la mano la madera de la portería.

—Bartolo, dijo sin levantar la voz, levántate.

—Voy, señora, contestó el interpelado por la parte de adentro. ¿Qué ocurre?

—Que me abras la puerta.

—Pero ¿á dónde va su mercé?

No contestó la joven, fingiendo no haber oído.

A poco apareció Bartolo en la puerta de su cuarto, envuelto en gruesa manta y con los pies descalzos para acudir al llamado más pronto.

—¿A dónde va su mercé?, volvió á preguntar. Es todavía media noche.

—No lo creas, es que estabas dormido; pero ya sonó la primera llamada de la misa de cinco.

—¿Está usted segura? Recuerde su mercé que la semana pasada me dijo lo mismo y al fin resultó que se había equivocado.

—No, ahora no; estoy completamente cierta.

—Tenga mucho cuidado su mercé. Hay gente mala por la calle á estas horas, y le puede pasar un disgusto.

—Nada me pasará: las calles están bien cuidadas por la policía.

De mala gana abrió el zaguán el portero, y al dirigir los ojos á la parte de afuera, murmuró nuevamente:

CAPILLA ALFONSINA

—Todo está oscuro, parece boca de lobo. ¿Por qué no se espera un poco su mercé?

—No es necesario; lo que has de hacer es hablar bajito y no cerrar la puerta con estrépito, porque si oye Nicolás y sabe que he salido, puede alarmarse. Quiero oir la primera misa para estar temprano de regreso y no hacer falta en mis ocupaciones; pero no se lo digas á Nicolás, porque me reñirá. Dice que puede hacerme mal el aire fresco de la madrugada. Ya ves cuanto me cuida.

Diciendo esto, puso un duro en las manos del portero.

—¿Qué es esto?, preguntó Bartolo. ¿Para qué me da su mercé este dinero.

—Por la madrugada, Bartolo, bien lo mereces.

Con esto echó á andar la joven á buen paso por la obscuridad.

Bartolo se quedó cavilando y mirando la moneda con desconfianza. Lo temprano de la hora, el acento trémulo de la joven, el silencio que le ordenaba guardar y aquella propina que le había puesto en las manos, le infundieron quién sabe qué agudas y confusas sospechas. Sin cerrar la puerta volvió á su cuarto y dijo á su mujer:

—Felipa, levántate y ven á cerrar.

—¿A dónde vas?

—Después te lo diré, no puedo detenerme.... Espérame hasta que vuelva.

Y sin aguardar más, sin sombrero y descalzo, como había salido de su cuarto, se echó á andar en pos de su ama, á la cual columbró bien pronto á la luz vacilante de los faroles del alumbrado público. Iba él recatándose, sigilosamente y sin hacer ruido, como los felinos. Para eso le ayudaban eficazmente el no llevar zapatos, y la sombra todavía densa de la noche. La vía pública estaba desierta; no había transeuntes que hiciesen sonar sus pisadas, á lo largo de ella, arriba ni abajo: los agentes del orden, sentados en los umbrales de las casas y con la linterna al lado, eran los únicos representantes de la vida en la población inanimada.

Siguieron así Carmen y Bartolo, aquella delante y éste á su espalda, marchando por plazas, calles y callejas. Y así pasaron frente á varios templos, cuyas puertas manteníanse cerradas, sin mostrar el más leve indicio de que fuesen á abrirse dentro de poco. En realidad aun no había sonado ningún repique, de ello tenía convicción Bartolo; pero la seguridad con que Carmen le había afirmado lo contrario, le había hecho vacilar por unos momentos.

Después de larga marcha, se detuvo al

fin la joven frente á una casa de apariencia mezquina. Bartolo, que no se hallaba lejos, se ocultó entre los andamios de una casa en construcción, y se quedó en acecho; y desde allí, merced al silencio de la noche, pudo oír á su ama que decía pegando el rostro á la puerta:

—Paco, Paco, abre: soy yo.

En el acto se abrió la puerta, sin ruido, y vislumbró el sirviente al débil resplandor de una luz que brillaba por la parte de adentro, la forma de un hombre envuelto en larga capa española, que salió á recibir á la recién llegada. Y aun le pareció que al encontrarse aquella pareja, se había saludado con un ósculo. Luego se cerró la puerta y todo quedó sumido en el silencio más profundo.

Al salir Bartolo de su escondite, sonaron las dos de la madrugada en el reloj de la torre próxima.

Azorado, aturdido y lleno de amargura, porque quería entreñablemente á su amo Nicolás, á quien había tenido sobre las rodillas tantas veces cuando niño, volvió á su casa á todo correr, y entrando en la portería, confió á su esposa atónita lo que acababa de descubrir. El sencillo y honrado matrimonio entró en consejo para determinar lo que fuera bueno poner por obra, ya que ambos convenían en que algo tenía que hacerse, pues aque-

llo era una infamia y no se podía permitir fuese arrastrada por el lodo la honra del amo.

—¿Pero estás seguro de eso, Bartolo?, le preguntaba Felipa mientras le castañeaban los dientes como si tuviese frío, por la viveza de la emoción. ¿No te habrás engañado? ¿No habrás confundido á la señora con alguna otra mala mujer?

—Por desgracia estoy completamente seguro. No perdí la pista de la señora desde que salió de la casa, y lo he visto todo con estos ojos que se ha de tragar la tierra.

—¡Válgame Dios! ¿Y qué irá á hacer el amo?

—Nada, mientras no lo sepa; pero es fuerza que no lo ignore, ¿es verdad?

—Pero ¿y si fuera á suceder una desgracia?

—Tarde ó temprano se ha de descubrir la maldad, y más vale que el amo tenga tiempo para reflexionar. Así me lo figuro.

Después de un debate no muy corto, convinieron Bartolo y Felipa en que sería oportuno sacar al doctor de la lastimosa ignorancia en que vivía, pero sin hablarle claramente del asunto, para que no obrase con precipitación. Ponerle alerta era un deber de criados leales; señalarle el lugar donde en aquel momento se

CAPILLA ALFONSINA

hallaba la esposa infiel, hubiera sido un delito.

Bartolo escribía torpemente, pero podía en rigor manejar una pluma ó un lápiz. Así que, ateniéndose de preferencia á este último, por serle más familiar, tomó un pedazo de papel burdo, que hallo á mano y trazó en él las siguientes líneas:

"Una persona que quiere á usté y se interesa por la paz de su buena casa, pone en su conocimiento que la señora doña Carmen sale todos los jueves casi á la media noche, con pretexto de ir á la misa, lo que no es verdad. Averigüe su buena persona lo que haya en esto."

Hecho lo cual, dobló el papel, y atándolo juntamente con un guijarro, formó de las dos cosas un solo cuerpo. Salió en seguida á la calle, se paró en medio del arroyo, y enarbolando el ágil brazo, disparó la piedra contra los cristales del balcón de su amo. Turbó el vidrio roto por un instante el silencio de la noche con las agudas campanillas de su estallido; y la piedra, vencido el leve obstáculo, continuó hacia adentro, é hirió los batientes de madera con rudo y sonoro golpe.

Después, asustado de su propia obra, volvió el criado á su aposento, cerrando tras sí la puerta de la casa; y se metió en la cama y apagó la luz para dar muestras y señales de hallarse profundamente dormido.

II

HERIDA ALEVOSA.

Dormía profundamente el desprevenido doctor, en los momentos en que rompió el guijarro los cristales; así que despertó sobresaltado al estrépito, y se imaginó de pronto un asalto de bandidos, que desde la calle hubiesen trepado hasta el balcón. Por lo que, levantándose sin tardanza, echó mano al revólver, y á obscuras y de puntillas, se acercó al sitio que juzgaba atacado. Esperaba por momentos ver violentada la puerta, y estaba resuelto á disparar á través de ella á la primera acometida, con el doble objeto de detener á los asaltantes y de llamar la atención de la policía. Pero como después de un rato de espera, no volviese á oir ruido alguno, se resolvió á entreabrir las hojas de madera para enterarse de lo ocurrido. Así lo hizo en efecto, y luego notó que, aunque roto uno de los cristales, no había más novedad que esa en el balcón. Pero ¿qué objeto duro y pesado había sido arrojado del exterior? ¿Quién había sido el malhechor que hubiese ejecutado aquel acto de barbarie? Y ¿cuál pudo ser la causa de aquel atentado? No creía tener enemigos que fuesen á lapidarle por odio ó por venganza; así que se volvía conjeturas, sin hallar la clave del suceso. Por instinto se inclinó buscando el proyectil con la mano, y no tardó en encontrarlo, notando al asirlo, que adherido á él venía un papel á modo de carta. Picada su curiosidad, cerró el balcón, encendió la bujía, y desprendiendo el papel del canto que le había servido de lastre, lo desdobló y leyó rápidamente.

Lo que menos esperaba, fué lo que encontró en aquellas mal forjadas letras. Un golpe eléctrico sacudió el sistema nervioso, se le heló la sangre, se le paralizó el corazón, y le temblaron las rodillas. Aquel papel contenía una acusación embozada contra su esposa. ¡Había en el mundo quien osara pensar mal de ella, y aquel miserable se lo comunicaba por ese medio grosero y salvaje! El delator oculto era un calumniador, porque Carmen era honradísima y le quería con infinita ternura. Nunca le había dado motivo para la menor sospecha; así que él, Nicolás, había vivido confiado en su amor y en su virtud. Tentaciones le dieron de hacer añicos el infame papel, y de no asomarse siquiera á la alcoba vecina para ver á su esposa dormida. Le parecía que hacer tal cosa sería ofenderla, dudar de

ella; y él no dudaba. Mas pensó que si no calmaba los nervios con la contemplación del rostro de su cara mitad, le sería imposible conciliar el sueño; así que se resolvió á entrar muy quedo, á fin de que ella no lo sintiese, para mirarla unos mometnos, quizás besarle la frente, y volverse cautelosamente á su cuarto. Al día siguiente, le contaría lo que había pasado, y pondría en sus manos el anónimo para que lo despedazase ó lo arrojase al fuego, como lo merecía.

Pensó también, animado por un rencor muy hondo, averiguar el origen de aquel aviso infame. Siempre le había inspirado antipatía ese linaje de bastardos documentos; los había tenido por bajos y despreciables, como fruto de corazones venenosos y de ánimos cobardes, que no osando herir ni calumniar frente á frente, se valen de ellos para herir reputaciones, mancillar honras y atormentar espíritus. Eran para él los autores de esos papeles, semejantes á las víboras, que se arrastran por el suelo sin que nadie las oiga, hieren el talón del caminante, y huyen veloces á ocultarse entre las altas hierbas. Y ¡ay del miserable forjador de aquella calumnia! ¡Le buscaría en su madriguera y le aplastaría la cabeza como á reptil inmundo! Así proclamaría que su mujer era superior á todas las sospechas y á todas las mentiras. Para eso estaba él allí, para hacerla respetar de todo el mundo, por bien ó por mal, voluntariamente ó mal del grado de los otros.

CAPILLA ALFONSINA

Llegó, pues, á la puerta que le comunicaba con Carmen, y pretendió abrirla; pero la halló extrañamente pesada y resistente. Era que se hallaba obstruída por un sillón que tal vez por acaso se apoyaba en ella. Al fin logró vencer el estorbo, haciendo resbalar por la alfombra el importuno mueble; y adelantó por la estancia, llevando en la mano la bujía, cuya luz interceptaba con la mano diestra para impedir que hiriese los ojos de la joven. Así llegó hasta el lecho de Carmen.... Mas con indescriptible sorpresa, le halló vacío..... La impresión fué ruda: palideció, bañáronse sus miembros en helado sudor y abrió los ojos despavorido, como si hubiese visto un fantasma. Mas pronto se serenó. Reflexionó que en el aposento inmediato dormía la niña, y que era evidente que la madre tierna y amorosa, había ido á hacerle compañía y tal vez á arrullarla, ya porque la hubiese oído llorar, ó bien temiendo que estuviese enferma. Le pareció esto tan natural, que, ya tranquilo, se apartó del gran lecho doselado y colgado de ricos cortinajes de su esposa, para trasladarse al sencillo aposento de su hija.

¿Cuál sería su estupor al comprobar

que tampoco allí estaba Carmen? Una duda punzante, como aspid venenoso, le mordió el corazón: la primera de su vida. ¿Diría verdad el anónimo? Su amor á Carmen y la confianza sin límites que le había tenido y de la que siempre la había juzgado tan digna, se rebelaron enérgicamente contra toda sospecha: podía encontrarse en alguna otra parte de la casa. ¡Estaría enferma, habría ido quizás en pos de alguna medicina! Y se echó á buscarla por donde quiera. Recorrió los aposentos uno por uno, escudriñó cuidadosamente los rinconse, dió voces por todas parra.... Todo fué inútil. Enloquecido y como aterrado, bajó á saltos la escalera, y llegando á la portería, llamó con precipitación. Bartolo, fingiendo un sueño profundo, no respondió sino después de haber sido llamado varias veces.

Nicolás gritó impaciente por la parte de afuera, antes de verle.

—¡Allá voy, señor, allá voy!, dijo Bartolo con voz insegura.

—Busco á Carmen. ¿La has visto?

—Sí, señor, repuso el portero, acaba de salir.

Luego se presentó Bartolo.

—¿Dónde ha ido? preguntó el doctor con voz alterada.

—A misa, señor, me dijo que para allá iba.

—Imposible, objetó el esposo; aun no

CAPILLA ALFONSINA

son las tres de la mañana. A estas horas no hay misa.

—Es lo que le dije, señor; pero me contestó que estaba segura de que iban á dar las cinco, y que yo no lo sabía porque estaba bien dormido. La semana pasada sucedió lo mismo, y cuando volvió, que todavía no era el alba, me confesó que se había equivocado. Cuando se lo recordé, me contestó que hoy no se equivocaba. Como no tengo reló, amo, no sé las horas en que vivo.

Las palabras del fiel criado cayeron sobre el corazón de Nicolás con el ardor y con la pesadez de un chorro de plomo hirviente. Una gran obscuridad se hizo en su espíritu, confundiéronse sus ideas, tocaron á rebato sus vísceras; cada una de ellas se puso á sufrir y á temblar, y la sangre toda de sus venas, huyendo de la periferie, se le concentró en el corazón. La sospecha aguda, punzante, crecía, crecía; iba espesándose la sombra, y una angustia indecible iba oprimiéndole el pecho.

—¿Por dónde se fué?, siguió interrogando nerviosamente. ¿Qué rumbo llevaba?

—No se lo puedo decir á su mercé, repuso Bartolo, porque luego cerré el zaguán. Pero no se atormente; no le ha de suceder nada. Las calles están bien vigiladas.

—No es eso, articuló Nicolás, no es eso lo que me alarma: es otra cosa.

—¿Cuál, señor amo? ¿por qué no me la dice?

—Hallo sospechosa su conducta, articuló con agonía el pobre esposo. Y por más desconcertado que estuviese, no dejó de observar que Bartolo nada objetó para tranquilizarle. Así que su silencio hizo las veces de un nuevo indicio, en su ánimo receloso y conmovido.

—Tú piensas lo mismo, Bartolo, ¿por qué no me lo dices?

El criado siguió callando.

—¿Por qué callas?, continuó el doctor. ¿Por qué no me dices la verdad? Algo sospechas ¿no es cierto? Es imposible que no sea así. Estas salidas á la media noche, á excusas mías, no deben haber pasado inadvertidas para tí. No puedo creer hayas dejado de figurarte lo más malo.

—No, amo ¡para qué le he de decir otra cosa!

—¿De suerte que estás resuelto á callar? Siempre te creí honrado; pero acaso también tú me traicionas. ¿Has vendido tu silencio?

El viejo portero se estremeció de pies á cabeza al oír aquellas palabras, y como movido por un resorte, y antes de darse cuenta de lo que hacía, prorrumpió:

CAPILLA ALFONSINA

—Eso nunca, señor amo, siempre he sido fiel á su mercé, y espero en la misericordia de Dios que nunca dejaré de serlo. Aparte de eso, quiero á su mercé casi como si fuera mi hijo, y por ningún dinero del mundo me dejaría comprar.

—Si es así ¡habla, dime cuanto sepas!

Bartolo, en medio de su excitación, aunque reflexionó que el papel de delator era vergonzoso, creyó también de su deber dar algunas luces á su amo. Así que repuso:

—A mí tampoco me ha parecido nada bien lo que hace la señora. Desde el primer día que lo hizo, serán tres veces con esta, se lo dije ansina, pero no quiso oirme. Yo esperaba que las madrugadas habieran sido puras equivocaciones; pero ya hoy, visto que la señora se equivoca cada ocho días, yo tampoco puedo creer que sea cosa tan sencilla. Pero puedo equivocarme, y tal vez no haya nada de malo en todo esto.

Por toda respuesta, volvió atrás el doctor, subió de nuevo la escalera, entró en su cuarto, vistióse rápidamente, y poniendo la pistola en el bolsillo y cogiendo el sombrero, salió á la calle disparado.

¿A dónde iba? ¿Qué rumbo seguiría? ¿Qué indicio podría servirle de brújula? No lo sabía; pero eso no le impidió correr febrilmente arriba y abajo por las ca-

lles desiertas, escudriñando las sombras con ojo penetrante, escuchando todos los ruidos, parándose á cada momento para observarlo todo, mudando de dirección á cada momento, desandando lo andado, moviéndose desconcertadamente sin saber apenas lo que hacía; pero saciando de algún modo con aquella actividad, la congoja que llevaba en el pecho.

Después de largo rato de caminar sin norte, á través de obscuras callejuelas y de peligrosas encrucijadas, no encontrando por donde quiera más que soledad, silencio y tinieblas, comprendió que perdía el tiempo. Una chispa de reflexión le hizo ver que, si tardaba en volver á su casa, podría encontrar ya en ella á Carmen, quien tomaría sus medidas para hacerle perder el hilo de aquella historia tenebrosa; porque al enterarse de que él la andaba buscando, procuraría poner en cobro cuanto pudiese delatarla, y dejarle por toda conquista una sospecha muy honda en el corazón, pero sin prueba fehaciente, ni comprobación plena.

Volvió, pues, atrás, con la misma ansia con que había emprendido la exploración, corriendo furioso por la vía pública y dando motivo para que los gendarmes le detuviesen y le interrogasen, alarmados por su precipitación en medio del silencio y de la paz de la noche. Contestaba como po-

día, fingiendo haber dejado en el hogar un deudo moribundo, y llevarle una medicina que urgentemente necesitaba; y seguía corriendo desalado, como si alguien fuese en pos suya.

Al llegar á su casa, preguntó si Carmen había vuelto, y al saber que todavía no, casi se alegró de ello, como si fuese placentera la noticia. Por el camino se había formado cierto plan de investigación, que se proponía llevar á efecto mientras pudiese disponer de algún tiempo.

III

CRUEL EVIDENCIA.

Tornó á subir á saltos la escalera, y se encaminó directamente á la alcoba de Carmen. Una vez allí, aseguró las puertas por la parte de adentro, encendió la bujía y se entregó á minuciosas y dilatadas pesquisas. Y así fué removiendo y volcando por donde quiera trastos y muebles, viéndolo y hurgándolo todo, desde las mesas de noche hasta el tocador de luna veneciana; el halajero, el guardarropa, los armarios, y hasta las enormes cajas de cartón donde guardaba la joven sus mantones de la China y su traje de boda. Y todo lo fué dejando por tierra amontonado, en desorden, ajado, tal vez roto.